

infamias militares ó diplomáticas que habian amontonado sobre la Francia, y que dirigian sus tiros contra la Iglesia inerme, contra la Compañía de Jesús que nunca opone la menor resistencia. La primera de las condiciones que se exigen para reconciliar las potencias con la corte romana, es la extincion absoluta y total de la Compañía; las otras se refieren á las diferencias de la Santa Sede con el duque de Parma. Una hay además que interesa directamente á la Francia. Choiseul habia perdido la Martinica, y abandonado cobardemente el Canadá á los ingleses; y para ofrecer á su país una compensacion gloriosa, declara: «que S. M. ha resuelto reunir para siempre á su corona la ciudad y el condado de Aviñon.» Luis XV temia á los espíritus vigorosos, y sus instrucciones sobre este punto son tan terminantes como los demás. Choiseul no quiere que se sienta en la Cátedra apostólica un Pontífice de carácter firme y de talento, y dice: «El Rey no tiene formado ningun plan personal, sea para sentar en el trono pontificio ó sea para excluir de él á tal ó cual individuo del sacro Colegio. S. M. desea por el contrario no verse en la necesidad de excluir terminantemente á ninguno de ellos. Hay sin embargo un caso en que seria necesario hacerlo, y este tendria lugar si los cardenales de Luynes y de Bernis pudiesen pensar que los votos necesarios para elegir un Papa debiesen reunirse en favor de una persona cuyas preocupaciones personales, afeciones particulares y un celo ciego é imprudente pudiesen hacer su administracion peligrosa, y perniciosa tal vez y fatal á la Religion y á la tranquilidad de los Estados católicos. De este número son los cardenales Torregiani, Boschi, Buonaccorsi y Castelli.»

Estas instrucciones eran comunes á Luynes y á Bernis; pero este último poseia la confianza del gabinete de Versalles, y llevaba sus plenos poderes. Bernis habia sido el protector del duque de Choiseul, quien temiendo en él un rival, le hizo desterrar en su diócesis de Alby, y allí este Príncipe de la Iglesia, del cual la corte y la ciudad solo habian conocido hasta entonces la elegancia poética, los atractivos del talento y su carácter ameno, olvidó los sueños de la juventud, de placeres y de ambicion, para atender únicamente á las virtudes episcopales. El amigo de madama de Pompadour, el poeta á quien Voltaire llamaba *Babet la Bouquetiere* (el ramilletero) se transformó en un prelado lleno de mag-

nificencia y de caridad. En su embajada á Venecia habiase granjeado el aprecio de Benedicto XIV y de la Santa Sede; no era hostil á nadie, y amaba el brillo y la apariencia del poder. Concedióse á sus vanidades espirituales cuanto exigir podian; halagáronle con la idea de que su afabilidad un poco amanerada y sus talentos diplomáticos seducirian al sacro Colegio; embriagáronle de incienso, prometieronle la embajada de Roma si lograba que fuese elegido un Papa agradable á los Borbones, y enemigo por consiguiente de los Jesuitas. Bernis aceptó el papel que se le confiaba sin odio y sin segundas intenciones.

Se habia lisonjeado de que sus gracias francesas y su conversacion fina y delicada le granjearian los sufragios de todos, y de que no tenia mas que hacer que presentarse para triunfar; pero al ponerse delante de aquellos ancianos cardenales italianos, que tenian intereses mas graves que satisfacer que el amor propio del cardenal de Bernis, pronto echó de ver que para discutir la eleccion futura necesitábanse mas que palabras de conciliacion ó promesas vagas que á nadie contentaban.

La mayoría del sacro Colegio estaba evidentemente contra los deseos de los Borbones, y se probó de cambiarla en su favor, primero por la corrupcion, y luego por la violencia. El marqués de Aubeterre, aconsejado por Azpuru, tomó sobre sí este encargo; y en su correspondencia autógrafa con el cardenal de Bernis es donde deben buscarse las pruebas de ese encarnizamiento contra los Jesuitas, encarnizamiento que reducía un embajador del rey cristianísimo á las proporciones de un intrigante. Los monarcas se obstinaban en querer que el Papa futuro firmase el compromiso de secularizar la Compañía de Jesús. Bernis se negaba á ello. El 11 de abril de Aubeterre le contesta (número 14 de su correspondencia inédita) ¹: «Mucho me aflige que V. Ema. se niegue al arreglo particular que le he propuesto, que es lo que desea la España, y lo que sin duda desearia la Francia si se hubiese tocado

¹ Esta correspondencia entre el cardenal de Bernis y el marqués de Aubeterre contiene, dia por dia, el plan que se siguió contra los cardenales y la Compañía de Jesús. Hubiéramos podido citar numerosos fragmentos que hubieran corroborado el hecho de este fríste sistema de seducción y violencia; pero por respeto á la Francia, representada á la sazón en Roma por Aubeterre, hemos creído deber pasar en silencio muchas cartas, en las cuales ni siquiera se tomó el trabajo de ocultarse la injuria dirigida contra muchos individuos del sacro Colegio.

«esta cuestion. La circunstancia de tener que elegir nuevo Papa era la que podia suceder que fuese mas favorable á nuestras miras. No arreglar nada con él de antemano es perderlo todo, es dejar escapar la ocasion mas bella, como asimismo el medio mejor y mucho mas seguro que cuantos podrian emplear en lo sucesivo las cortes. No conozco mas teología que la natural, y jamás comprenderé que un pacto que no tiene otro objeto que la secularizacion de una Orden religiosa, que conservará la division y el desasosiego en la Iglesia mientras subsista, pueda ser mirado como un comercio ilícito; sino que al contrario, creo que semejante paso debe ser considerado como meritorio y dirigido al bien de la Religion. Conozco muy bien que no he nacido para ser el casuista de V. Ema.; pero abrid confidencialmente vuestro corazon al cardenal Ganganelli, que es uno de los mas célebres teólogos de este país, y de cuya moral nadie ha dudado jamás, y espero que tal vez seria de mi mismo dictámen. No se trata aquí de ninguna temporalidad, sino absolutamente de una pura espiritualidad. Nada hay mas dudoso que lo que hará un Papa, cualquiera que sea, después de elegido, si no se ha ligado de antemano.»

Bernis no cedía por eso; mas de Aubeterre no se daba por vencido, y catorce dias después, el 25 de abril de 1769, escribia de nuevo al Cardenal:

«Aunque no se trate ya de ninguna promesa particular acerca de la extincion de los Jesuitas, y que se haya abandonado este asunto desde que V. Ema. se opuso á él, creo sin embargo deber enviarle la copia del parecer de uno de los célebres teólogos de esta ciudad, no para convencer á V. Ema., pues sé muy bien que no lo lograré, después de haberse explicado como lo ha hecho; sino para hacerle ver al menos que mi opinion no está muy apartada de la razon, y que hay verdaderos teólogos que piensan cual yo.»

El dia siguiente Bernis le contestó (número 32): «La memoria teológica que me remitisteis parte de este principio: Es incontestable que la extincion de los Jesuitas es el mayor bien que á la Religion puede hacerse. Este principio en las actuales circunstancias puede ser verdadero, pero está puesto en duda por la mitad del clero por lo menos, por un gran número de cardenales, obispos y por gente de todos países y condiciones. Asi es

«que lo que se llama el principio fundamental es una suposicion y no un principio.»

De Aubeterre replicó el 27 de abril á esas terminantes razones: «Convengo con V. Ema. en que el dictámen teológico se funda en el principio de que la extincion de los Jesuitas es un gran bien para la Religion, y es tambien la base de mi opinion particular. Confieso tambien que muchos no convienen en ello; pero, pregunto á V. Ema., ¿dónde hallar la unanimidad? ¿No es preciso distinguir lo que es espíritu de partido de lo que es espíritu de razon?»

El espíritu de razon y la teología natural invocados por Aubeterre eran á los ojos de los ministros de la casa de Borbon la simonia organizada, la corrupcion penetrando en el conclave cubierta con el manto de la filosofia diplomática. Bernis habia dicho en una memoria, fecha del 12 de abril y dirigida á Choiseul: «Pedir al futuro Pontífice la promesa por escrito ó delante de testigos de la destruccion de los Jesuitas, seria exponer visiblemente el honor de las coronas por la violacion de todas las reglas canónicas. Si un cardenal fuese capaz de hacer semejante pacto, se le deberia creer mas capaz aun de faltar á él. Un sacerdote, un obispo instruido, no pueden aceptar ni proponer semejantes condiciones.»

Los reyes, y sobre todo el de España, tendian á violentar la conciencia de la Iglesia: «Hoy se me ha dicho, escribia el cardenal de Bernis el 3 de mayo, que los cardenales españoles creian que solo el rey de España era responsable de este pacto que él proponia, si era malo. En Francia creemos que en casos semejantes toca á los obispos ilustrar á los monarcas acerca las reglas canónicas.» De Aubeterre no era de este parecer tan contrario á sus intereses. El 4 de mayo se atrincheró, por decirlo así, en su razon individual, y dice: «Si fuese obispo, no creeria que los reyes tuviesen necesidad de ser ilustrados en esta materia, en la cual no reconozco mas juez que la recta razon.» Dos dias después opone semejantes argumentos al Cardenal. «La simonia y la confidencia no son de ningun estado, escribe, pero dejan de existir donde quiera que habla la recta razon. ¿Puede haber una regla de la Iglesia que impida que se haga el bien?»

La Iglesia se negaba á aceptar un beneficio que se le ofrecia bajo la forma de corrupcion: hacíanse toda clase de promesas á

los cardenales; mas estos permanecian insensibles; de Aubeterre creyó que sería mas venturoso echando mano del terror. Los ministros de España y de Nápoles obraron en el mismo sentido. Ya no se habló mas de simonía; Bernis se propone amedrentar al conclave. Las ciudades de Aviñon, Benevento y Ponte-Corvo se hallaban ocupadas por los monarcas; y se amenazó con llevar mas lejos las hostilidades. Los reyes de la casa de Borbon tenian tres votos de exclusion en el sacro Colegio. Una carta del cardenal de Bernis, del 22 de abril, va á iniciarnos en el escándalo que permitieron que se diese en su nombre. «Si Mr. Azpuru quiere atender á que las listas de España y Francia reunidas excluyen á veinte y tres individuos, y que el conclave no constará mas que de cuarenta y seis después que estén aquí los españoles, y que de este número se deben rebajar nueve ó diez que no pueden ser Papas, ¿dónde se encontrará uno? Mr. Azpuru responderá que queda Sersale, al cual nadie quiere; Stopani, que tampoco tiene simpatías; Malvezzi, á quien miran con horror desde que habla en favor nuestro; los napolitanos, que son demasiado jóvenes; Perelli y Pirelli, que reunirán pocos votos; Ganganelli, que es muy temido y no muy bien quisto. Mr. Azpuru responderá que el cansancio les obligará á elegir á Sersale; mas ese cansancio, unido á los rumores que se han esparcido ya contra la tiranía de las cortes, acabará por fin con nuestro sistema exclusivo; los reyes nos abandonarán, y se nombrará un Papa á pesar de nosotros... ¡Hablo por el honor de las coronas, las cuales no han querido jamás nombrar un Pontífice excluyendo á mas de la mitad del sacro Colegio! Esto no tiene ejemplo en la historia. Es preciso ser razonable, y no poner al sacro Colegio en la necesidad de separarse ó de protestar contra la violencia. Es imposible trazar un plan de conducta sobre otro de exclusion tan general, que solo deja cuatro ó cinco individuos, y aun de estos algunos que son demasiado jóvenes...»

De Aubeterre no comprendia estas tardanzas y esas delicadezas de conciencia. Los reyes hablaban; su egoismo filosófico estaba de acuerdo con ellos; fuerza era, pues, que la Iglesia cediese. «Creo muy bien, escribia á Bernis, que el sacro Colegio teme nuestras exclusiones; pero esto no es un motivo para que nos privemos de ese medio. Excluyendo á los ancianos, tenemos tanto en la clase de los buenos, como en la de sospechosos é in-

«diferentes, doce sugetos al menos que estarán de nuestra parte. «Asi no somos nosotros los que ejercemos la tiranía, sino el partido opuesto, que quisiera imponernos la ley, y darnos un Papa Jesuita ó dependiente de los Albani, que viene á ser lo mismo. «Es fácil conocer las personas que pueden convenirnos; solo falta «ponerse de acuerdo de buena fe, y entonces no encontrarán ninguna oposicion por nuestra parte. Por lo demás, no es malo que «tengan un poco de miedo. La experiencia que tengo de ese país «me ha hecho conocer que este era el mejor medio para hacer «decidir los ánimos. Es absolutamente necesario imponerles, de lo «contrario nos hollarían. Según esto, tampoco es malo que sepan «que si se eligiese un Papa que no fuese del gusto de las potencias, estas no le reconocerían. Que teman á las cortes, que «amen y estimen á V. Ema.: hé aquí lo que necesitamos.»

El 25 de abril de Aubeterre excluyó además á los cardenales Colonna y Pozzo-Bonelli; dice que los príncipes quieren un Pontífice filósofo, y añade: «Creo que un Papa de ese temple, es decir sin escrúpulos, que no siguiese ninguna opinion, y que solo «consultase á su interés, hubiera podido convenir á las coronas.» Los embajadores hablan de retirarse de Roma si el conclave no accede á sus órdenes. De Aubeterre insta á Bernis para que obre en su sistema de terror. «Que V. Ema. hable recio, le escribe el 7 «de mayo. El medio mas seguro para que no haya cismas es hablar á menudo de ellos y con seguridad. «Enójese si preciso «fuese. Es necesario asustarles.»

Esta violencia moral, que se revela en cada página de la voluminosa correspondencia que tenemos á la vista, no deja la menor incertidumbre á la historia. Hasta ahora habia podido dudarse; en adelante los hechos serán irrecusables. Los ministros de Francia, España y Nápoles conspiraron contra la libertad de la Iglesia, y procuraron extraviar el conclave, y hacerlo injusto á fin de que perdonase la iniquidad de sus cortes valiéndose de medios que la Religion y la honradez reprobarán siempre. En los países católicos se ha juzgado y proscrito á los Jesuitas, y se confia que la Santa Sede, ganada de antemano ó intimidada, no podrá negar su sancion á la obra de los Borbones. El sacro Colegio dió un solemne mentís á las insultantes suposiciones de los embajadores.

* Pasábanse los dias en esfuerzos estériles, y en intrigas que no

todas daban buenos resultados en la puerta del conclave. Los embajadores conspiraban fuera de él, mientras el emperador José II y Leopoldo de Toscana su hermano tomaban en el interior un deplorable desquite. Se les veía despreciar y humillar, más bien por su actitud que por su lenguaje, á esos electores de la Iglesia, que resistieron tantas veces á los deseos y á las usurpaciones de los monarcas germánicos. El conclave sentía la necesidad de poner fin á esas agitaciones que se manifestaban en Roma bajo mil aspectos distintos. El marqués de Aubeterre pedía en alta voz un Papa que fuese dócil instrumento de la filosofía, y se hablaba en la ciudad eterna de sus exigencias, de que eran órganos José II y Choiseul, y que llegaban hasta la intimidación y la venalidad. Bernis había agotado todos los recursos de su política de buenas palabras y seducciones, sin haber obtenido ningún resultado. El conclave parecía estar á las órdenes de las potencias; los cardenales españoles Solís y La-Cerda parecían retardar á propósito su llegada á Roma á fin de encontrar el sacro Colegio fatigado, y apoderarse de esta manera de la elección que Bernis no había sabido determinar. El sacro Colegio se dejaba diezmar con continuas exclusiones, y se prestaba á esperar el arribo de los españoles. Presentáronse por fin éstos en las celdas del Vaticano; pero entonces no quedaron á Bernis más que las apariencias del poder. El cardenal de Solís, arzobispo de Sevilla, era el confidente íntimo de Carlos III. Amigo de los Jesuitas hasta el día en que este monarca les fue contrario, se le había visto escribir el 19 de junio de 1759 á Clemente XIII¹, para suplicarle que protegiese y defendiese la inocencia de la Compañía en la tormenta que le amenazaba; pero renunciando á la firmeza sacerdotal para hacerse cortesano de un odio, cuyo secreto no conocía, Solís abandonó sus antiguos protectores, y se hizo el órgano de su señor contra ellos. Este Príncipe de la Iglesia no era hombre para dejarse embriagar como Bernis con lisonjas estudiadas; era necesario hacer nombrar un Papa que se comprometiese de antemano y por escrito á la destrucción de los Jesuitas, y lo buscó en los cardenales del sacro Colegio. Ganganelli no había tomado parte en las intrigas, y estaba colocado entre los *Zelanti* y el partido de las coronas como en un justo medio conciliador. Cada frac-

¹ *Dizionario di erudizione*, del cavalier Gaetano Moroni, tomo XXX, página 143.

ción del conclave le había oído pronunciar algunas de esas palabras que pretenden ser significativas, y que se prestan mucho á la interpretación: «Tienen los brazos muy largos, decía hablando de los príncipes de la casa de Borbon, pues pasan por encima de los Alpes y los Pirineos.» Repetía con un acento lleno de severidad á los cardenales que no sacrificaban los Jesuitas á acusaciones quiméricas: «Debe pensarse tan poco en extinguir la Compañía de Jesús como en derribar la Iglesia de san Pedro de Roma.» Esas palabras, esa actitud, hicieron conocer á los cardenales franceses y españoles que Ganganelli ambicionaba la tiara. Era el único fraile que había en el conclave, y creyeron que las rivalidades de instituto podrían ser una nueva palanca para la realización de sus designios. Bernis examinó á fondo al Franciscano, y le encontró sosegado y frío, sin comprometerse á nada; pero echando mano de todos los recursos de la lengua italiana para no rehusar nada. Ganganelli le pareció poco seguro, y se puso á buscar otro candidato. Solís era el que más exactamente conocía este carácter. A instancias de Azpuru, ministro de España en Roma, de Aubeterre pide que se exija al Cardenal que se comprometa por escrito á suprimir los Jesuitas, promesa que es la condición irrevocable de las cortes, y la única que exigen para la restitución de Aviñón y Benevento. Bernis estaba dotado de un carácter ligero; su lujo le hacía que necesitase de los favores ministeriales; no cesaba de pedir para sí ó para su familia; á pesar de todo, se niega enérgicamente de acuerdo con el cardenal de Luynes á suscribir este pacto que le parece simoníaco.

Los españoles conocieron que Bernis no se prestaría jamás á su plan, y que hasta podría hacer que Luis XV tomase parte en su repugnancia; y sus sospechas no carecían por cierto de fundamento. Decidieronse, pues, á pasar adelante. Solís negocia secretamente con Ganganelli, y logró arrancarle, según se dice, un billete dirigido al rey de España, y en el cual «reconocía en el soberano Pontífice el derecho de poder extinguir en conciencia «la Compañía de Jesús observando las reglas canónicas.» Ese billete no era muy explícito; nadie ha puesto jamás en duda aquel derecho, y en cualquier otra circunstancia Solís se hubiera guardado muy bien de tomar este acto por un compromiso. Pero el italiano, si bien se negaba á escribir, no ocultaba al español sus planes ulteriores; abría su corazón á la esperanza de conciliar el

sacerdocio y el imperio, y reunirlos en paz sobre el cadáver de la Orden de Jesús. El 16 de mayo de 1769 llega á noticia de Bernis que Ganganelli es el Papa reconocido por la España. Al saber esta eleccion hecha sin contar con él, y bajo condiciones que tal vez deshonrarán mas adelante la tiara, Bernis se queja á Solís de haber procedido con tanto secreto, y de la falsa posicion en que le deja semejante tratado. El español le contesta con palabras evasivas, y no faltan cronistas malintencionados que pretenden que Solís añadió, hablando del Pontífice futuro: «Queda dicho todo, «con que estamos arreglados.»

Cuando se hubo representado este drama, cuyos actos están todos fundados en documentos, Bernis, impresionado todavía por la derrota que acababa de sufrir con la eleccion de Ganganelli, escribia á Choiseul el 17 de mayo, diciéndole: «Puede decirse «que los cardenales sujetos á la casa de Francia no se han mos- «trado jamás tan poderosos como en este conclave; pero su po- «der se limita hasta ahora á destruir: tenemos el martillo que des- «troza, pero no hemos podido coger todavía el instrumento que «edifica.»

Veinte años después, la revolucion á su vez encontró el martillo que habia puesto en manos de los reyes para destruir la Compañía de Jesús, y lo dirigió contra los tronos.

Los Jesuitas y muchos historiadores niegan ese compromiso de Clemente XIV. Todas las relaciones manuscritas del conclave que se encuentran en los archivos del Gesu, y todos los escritos contemporáneos ó posteriores compuestos por los Padres del Instituto, están acordes en rechazar la hipótesis de una transaccion entre Ganganelli y los cardenales españoles. Ahora bien: ¿ha existido ese convenio en la forma de un pacto cualquiera? Esto nos parece históricamente dudoso. El cardenal Ganganelli pudo decir, y hasta escribir, que el Papa tenia poder canónico para extinguir una Orden; pero de esto á una promesa simoniaca, media un mundo de imposibilidades. Bernis tenia, pues, motivo para escribir en 28 de junio de 1769 á Choiseul, respondiendo tal vez á lo que se propalaba exageradamente en la Península: «El confesor del rey de España es un fraile y enemigo de los Jesuitas. «Aviva el odio monástico, y cree que todo debe ceder á su im- «pulso; pero el Papa no ha hecho ningun pacto, y quiere proce- «der como hombre prudente y que estima la vida.»

En el año, pues, de 1769, que lo fue de tantas intrigas, y que vió nacer tantos hombres destinados á la celebridad, fue elegido Papa Ganganelli. Cerróse el conclave; la ciudad y el universo cristiano tienen ya un jefe, el cual va á comenzar una lucha continua con su conciencia, ya halagada por las caricias de las cortes, ya intimidada por sus amenazas.

Lorenzo Ganganelli, nacido en San Arcángelo el 31 de octubre de 1705, tomó siendo todavía muy joven el hábito de franciscano, bajo el cual pasó muchos años en el estudio y en el ejercicio de las virtudes sacerdotales. Era ingenioso y amable, literato y artista: ocultaba bajo su capilla una de esas almas candorosas, á las cuales se puede seducir fácilmente haciéndoles entrever en sus concesiones el bien de la Iglesia ó la felicidad general. Uno de esos presentimientos que se apoderan con tanta fuerza de la imaginacion de los romanos le habia halagado mas de una vez en la soledad de su convento de los Doce Apóstoles con la idea de que estaba destinado á continuar la historia de Sixto V. Pobre como él, y cual él franciscano, habia soñado con que ceñiría su frente la tiara, y este pensamiento secreto le habia dirigido en los principales actos de su vida: en vano queria ocultárselo á sí mismo, pues cada paso que daba lo conducia casi sin que él lo echase de ver hácia este último móvil de sus presentimientos. En tiempo en que los Jesuitas eran poderosos se habia hecho su amigo. En 1743 cuando era profesor en el colegio de San Buenaventura de los Franciscanos de Roma, se le oyó exclamar en una solemnidad teológica que presidia, dedicada á san Ignacio de Loyola: «Si «hubiera podido creer ó siquiera sospechar que me fuese posible «escoger por objeto de esta disertacion un ramo de la ciencia sa- «grada que os fuese desconocido, al momento se hubieran pre- «sentado á mi memoria los hombres ilustres de vuestra Compañía, cuyo número y mérito hubieran desvanecido todas mis du- «das. Y en efecto, si se tratase de la interpretacion de la Escri- «tura, aparecerian aquí los trabajos preparatorios de Salmeron, «podria citar á Bini¹, Labbe, Harduino, Cossart y el célebre «Sirmond; si de controversia, ahí están Gregorio de Valencia con «la madurez de sus juicios, Suarez con su vasto genio, Vazquez

¹ Bini no perteneció jamás á la Compañía de Jesús. Era canónigo.